Irma Ferrer

Lucía Leszinsky

Capítulo 1

Irma Ferrer

Por Lucía Leszinsky

Si hubiese aceptado el puesto de profesora que le había ofrecido la *Académie Française* en 1963, cuando tenía apenas veinte años y un humilde curso de francés bajo el brazo; o si hubiese tomado el hábito que le servía en bandeja el convento de la Virgen de la Misericordia. Quizá si hubiese continuado con las clases de piano que, a pesar de no gustarle, reflejaban un talento que la podría haber llevado lejos, muy lejos, sobretodo de esta vida que aún estaba tratando de entender. Irma Gonzáles Campos se preguntaba que hubiese resultado de un matrimonio con Antonio Calderón, su novio de la escuela secundaria; o si se hubiese reencontrado con Roberto Morales después de haberlo visto por última

vez a la vuelta de su casa, peloteando en el potrero con los amigos que él había hecho cuando visitaba a sus abuelos los fines de semana. Los hijos que hubiesen sido de ella y de Robertito, como lo llamaban sus abuelos, hubiesen sido apuestos, altos, fuertes, morenos, pero con los ojos más azules que ella hubiese visto en la vida. Y Robertito la hubiese apoyado en todo lo que ella decidiera para si misma y para los dos; porque él siempre decía que Irma tenía las voz de un angel, un angel que podría convencer a cualquiera, incluso de matar. No obstante, el "Gonzáles Campos" se lo debía a Héctor; y recién ahora se estaba dando cuenta del alto precio que había tenido que pagar por él.

Héctor Gonzáles Campos era un odontólogo de sesenta y tres años, notorio entre sus pares. Se destacaba por su meticulosa insistencia en la perfección de los detalles, no sólo dentro de su consultorio y de la boca de sus pacientes, sino tambien en las profundidades de su hogar. Tenía un ojo altamente crítico para las imperfecciones y las fallas a su alrededor. El ambo era demasiado blanco; el portafolio, demasiado nuevo; el almuerzo, demasiado caliente; o los zapatos brillaban tanto que no podía apreciarse el delicado detalle de la costura junto a los cordones. De exterior pulcro y atildado, no era ni más ni menos que un reflejo de su exigente 'yo interior'. Provenía de una familia de clase media-alta, o más alta que media, si se quiere. Había obtenido el título de odontólogo el mismo día en que Su Santidad el papa Pío XII fallecía en Roma; y exhibía su arduo trabajo y sacrificio enmarcado y colgado en la blanca pared de su santuario odontológico. Había conocido a Irma Ferrer, hoy Irma Gonzáles Campos, en uno de esos festivales de música extranjera que eran tan concurridos en su barrio natal. Una cotizada ceremonia había sellado sus destinos como marido y mujer, tanto en la salud, como en la enfermedad, hasta que la muerte los separara. En tanto, Irma permanecía sentada en el cómodo sillón bajo la galería de la entrada de su casa, fingiendo estar interesada en los vecinos que iban y venían haciendo compras, barriendo veredas, mirando el cielo de vez en cuando para ver si llovía. Y continuaba preguntándose que hubiese sucedido si todo lo que le había tocado vivir, bueno y malo, no hubiese pasado. Cuando era joven, quería casarse, sí; y tener hijos, sí; pero ahora parecía recordar lo que había imaginado de niña para cuando fuese adulta, y no se parecía en nada a lo que hoy decía por ella su hoja de vida. Y recordó también una charla que había tenido con su madre justo antes de contraer sagrado matrimonio con Héctor Gonzáles Campos:

–¿Eres feliz? Porque a mi lo único que me importa es que seas feliz, casada o no.

–No lo se...

–¿No lo sabés? –cuestionó su madre– Bueno, supongo que lo sabrás

muy pronto, ¿no es así?

–Sí, eso espero... –vaciló Irma.

–Sería mejor que te lo pregunte en algunos años, cuando ya hayas experimentado el matrimonio y tengas más eventos en tu vida para evaluar tu felicidad, la cual va a ser mucha, ya lo verás...

–Sí, supongo...

Y esa fue la primera pregunta sin respuesta en la vida de Irma. De todas formas ya no importaba. ¿Qué sentido tenía seguir agregando preguntas a su haber si ya ni siquiera tenía las fuerzas para buscar las respuestas de aquellas que la perseguían desde hacía tantos años? Al fin y al cabo, había sido ella quien había elegido casarse con Héctor Gonzáles Campos; y había sido su deseo el tener dos hijos que hoy estaban lejos, que no formaban ya parte del núcleo familiar, si era que aún existía uno. Nadie la había forzado a elegir una vida de mansedumbre y sosiego, de complacencia al marido y de desgaire para con si misma. Sola había tomado la decisión de abandonar la postura de mujer manumisa, libre y avasalladora, y sola permanecía sentada bajo la galería de techo agrietado, a pasos de darse por vencida, cuando la idea le rozó el pensamiento por primera vez. Había sido feliz en otras épocas, épocas en las que Héctor Gonzáles Campos aún no reclamaba atenciones dignas de una madre, en las que ella ni se imaginaba junto a una persona como él. Había andado por la vida con la sonrisa dibujada en el rostro y con un cuerpo que poseía una fuerza capaz de soportar cualquier golpe repentino de la vida. Había sido capaz de caerse y levantarse en un santiamén, sin lágrimas, ni penas, ni dolor. Su espíritu adolescente había sido tal que no le cabía en el cuerpo; y sus ademanes y maneras de expresarse se evidenciaban minuto a minuto en cada cosa que hacía, en cada proyecto que emprendía, sin mirar ni por un segundo qué había dejado atrás. Asimismo, rara vez había dudado de sus deseos y nunca se había replanteado las decisiones tomadas.
Toda ella había sido un abanico de ofrendas a la vida.

Recordaba los momentos de felicidad que había vivido con aquellos que uno suele llamar amigos un día y de los que se cuestiona la identidad al siguiente. Había sido feliz yendo a la escuela día tras día, bailando con diferentes muchachos los fines de semana en algún que otro baile o festival escolar, planeando su futuro con la seguridad de alguien que tiene en su poder la pluma para escribir su propio destino. Había sido feliz. Ella había sido feliz. Entonces, ¿en qué parte del trayecto había dejado caer la felicidad como por accidente para convertirse en la señora de Gonzáles Campos? ¿Por qué lo había hecho?

Sintió cómo en su interior el corazón le latía rápidamente, galopaba por caminos nunca antes recorridos, caminos ignotos que de tan nuevos eran tan resbaladizos que temió desaparecer en ellos. Su intuición le decía que una nueva idea estaba a punto de cruzar su mente y sintió vergüenza de haberse dado el lujo de ir más allá a una edad en la que para lo único que se debía estar preparada era para morir. Se cubrió el rostro con ambas manos, arqueó la espalda, flexionó las rodillas y levanto los pies hasta que sólo las puntas de los dedos tocaran el piso. Se sintió avergonzada, como si su cuerpo estuviese completamente desnudo, reposando allí ante la mirada de sus vecinos, y la posible mirada de Héctor Gonzáles Campos.

Ella había sido feliz, lo que significaba que ella no era quien creía que había sido durante todos esos años. ¿Quién era entonces? ¿Era posible que ella tuviese un ápice de esperanza de poder ser feliz a esta altura de su vida? Pero, ¿por qué lo haría? ¿Por qué había permitido que su espíritu quedara atrapado bajo su piel, forzando cada poro para salir a la luz, para ser vida? Y, si hoy era posible recobrar la sabiduría de los que aún conservan su inocencia, reconquistar la dicha de ser ella, sin restricciones ni ataduras, ¿para qué hacerlo? ¿Acaso su impecable chalet de dos plantas y su jardín plagado de lirios y jazmines no representaban la dicha de una mujer que poseía un marido que le obsequiaba todo el tiempo a solas que quisiera para poder dedicarse a sus quehaceres? ¿La bijouterie de oro blanco y las reuniones con amigos en su aniversario no representaban todo el amor y la consideración que una mujer pudiese recibir de un hombre? Entonces... ¿las clases de bordado, la capacidad de apilar diecisiete camisas planchadas sin que se le viniera abajo la pila entera, la habilidad de hacer las compras en un tiempo récord, justo para llegar a cocinar, cambiar la ropa de cama, planchar el ambo y lustrar los zapatos para el día siguiente no eran expresiones de una vida dinámica y expeditiva?

Se quitó las manos del rostro, estaban húmedas; se acomodó el cabello, bajó la falda hasta por debajo de las rodillas, se quitó las gafas y se levantó del sillón. Miró a su alrededor, nadie la estaba observando, aunque eso ya no le importase. Ahora se sentía envuelta en acero y, por debajo, su cuerpo desnudo. Entró a la casa y miró el reloj, eran las cinco de la tarde y Héctor Gonzáles Campos no llegaría hasta adentro de media ahora. Puso a calentar agua y dejó lista una taza de porcelana blanca sobre la mesada junto a un saquito del mejor té de almendras que había comprado en años. Fue al dormitorio. Miró a su alrededor y vio sobre la cama los almohadones de lino beige que ella misma había confeccionado. La cómoda de nogal vieja que había sido de su abuela, luego de su madre y quién sabe de quién sería ahora. Abrió el segundo cajón y hurgó entre fotos viejas y documentos sin importancia. De entre los papeles sacó una pequeña cajita de madera con una cinta de raso amarilla como cerrojo y la abrió. Allí estaban, sus ahorros de los últimos diez años. Si algo bueno había aprendido después de que sus hijos partieran, había sido

ahorrar lo que no gastaba ya en ellos. Tomó todo el dinero y lo guardó dentro de su sostén, no fuera a ser cosa que alguien se atreviese a robarle la única esperanza que le quedaba en la vida.

Volvió a la cocina, preparó el té con una especial dedicación y, con la taza aún en la mano, fue al placard que estaba en el pasillo de la casa y tomó un bolso de mano de cuero de carpincho que Héctor Gonzáles Campos le había comprado en España durante la última convención de odontólogos en Toledo. Fue hasta el living y tomó del modular de roble antiguo el monedero y los documentos personales. Buscó en el armario del dormitorio un châle que le hiciese juego con los zapatos que llevaba puestos y con la cartera pero no se lo ató alrededor del cuello, le restaba vivir unos minutos más allí antes de verse envuelta en el rocío de la tarde. Estaba sentada en la cocina con la mente en blanco cuando se dio cuenta de que, por primera vez en muchos años, se sentía segura. Su voluntad tenía la firmeza que el cuerpo había perdido para dar a luz a unos rostros que de tan lejanos no opacaban ya su decisión. El Volkswagen Passat de Héctor Gonzáles Campos se estacionó sobre la entrada del garage de manera casi imperceptible, como si la misma nada lo estuviese conduciendo. Ella sintió como las piernas la obligaban a levantarse y se irguió despacio, dejando lejos poco a poco la silla que la sostenía. Ya entrando a la cocina, Héctor Gonzáles Campos se quitó el ambo demasiado blanco y lo colgó del respaldo de la silla. Arrastró los pies hasta el refrigerador y se sirvió un vaso de leche demasiado blanca, pero bien fría. Ella continuó mirando la puerta de entrada y sólo volteó para tomar con las manos el monedero, los documentos y el châle que había dejado reposar sobre la mesa. Héctor Gonzáles Campos la miró de soslayo y con algo parecido a una sonrisa le preguntó:

–¿Sos feliz? Porque a mi lo único que me importa es que seas feliz.

–No.

–Bueno, supongo que lo vas a ser muy pronto, ¿no es así?

–Sí, eso espero... –aseguró ella.

–Lo mejor sería que te lo pregunte dentro de uno o dos años, cuando ya hayas tenido otras experiencias y tengas más eventos en tu vida para evaluar tu felicidad, la cual va a ser mucha, supongo...

–Sí, supongo...–dijo ella dándole la espalda al salir del chalet de dos plantas y alejándose del jardín plagado de lirios y jazmines para no volver jamás.